

COLECCIÓN BERBIQUÍ



ÁNGELA REYES

REGRESO A TI



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

—COLECCIÓN BERBIQUÍ, nº41—

MADRID • MMXXV

De la edición © CUADERNOS DEL LABERINTO
Derechos exclusivos de esta edición en lengua española:
© Cuadernos del Laberinto

www.cuadernosdelaberinto.com

De la obra © ÁNGELA REYES

Directora de la colección © ALICIA ARÉS

Diseño de la colección © Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Ilustración de cubierta © *Sunrise and woman silhouette head*. Con licencia de Depositphotos

Corrección ortostilística © ALONSO GIMENO MARTÍNEZ y ELENA MATA

Impreso en España por COPIAS CENTRO.



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está clasificado como papel reciclado.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Primera edición: MARZO 2025

I.S.B.N: 978-84-18997-77-8

Depósito legal: M-5469-2025



www.cuadernosdelaberinto.com

«Es justo y necesario conservar los afectos
como eran y los recuerdos como serán,
y atar los unos a los otros,
en una misma ley de permanencia;
es justo y necesario saber que todo cuanto ha sido,
todo cuanto ha temblado dentro de nosotros,
está aún como diciéndose de nuevo en nuestra vida
y en la vida de los demás»

LUIS ROSALES. *La casa encendida*

A Juan Ruiz de Torres, siempre

NO HAY DOS noches iguales. Nunca vendrán dos noches con el mismo dolor ni la misma penumbra. Cada noche se acerca con su lobo que muerde hasta matar de distinta manera para luego marcharse, con el primer claror del alba, dejándote en medio de la lluvia. Porque siempre, querido amigo, siempre te lloverá con diferente olor a triste amanecer en ese instante en que tu corazón, como la vieja balalaica, decida no seguir latiendo más.

Cada noche vendrá un ángel diferente a ofrecerte la «vida eterna» y si le dices que no quieres más vida que aquella que tuviste, en la que había un hombre sentado ante la mesa, la mesa con su flor en un vaso de agua y el agua deslizándose donde la pérgola dormida; aquella vida apuntalada entre los sueños y la realidad, entonces, ese ángel levanta el vuelo y te abandona.

Todos tenemos una noche tendida al otro lado de la puerta. La mía hace tiempo que ya la recogí y la llevo guardada entre las manos, como se guarda una amapola entre las páginas de un libro.

NO FUE SOBRE caballo negro, a galope tendido
y atravesando el olivar; tampoco en un trineo
con seis perros albinos de y ojos azules, deslizándose
por la nieve; no te fuiste en un tren, ni siquiera en calesa,
fue en un barco, un viejo barco, en el maldito barco
que un día apareciera en el pasillo de la casa;
un barco con todo su velamen desplegado y la lluvia
de abril rolando en la mesana como bandera al viento.

El barco vino con la plegaria de los mares,
golpeando su casco, dando y dando en su esqueleto
vacilante. No me importó que la marea borrara
la memoria de la casa. No me importó que del sollado
subiera una mujer, con narcisos prendidos en el pecho,
con dos grandes aretes que se balanceaban
al compás de sus lentos pasos;
una mujer como de muerte y sal,
con sonrisa de perra maliciosa.

Lo que sí me dolió, querido navegante,
es que la dama te tomara de la mano
y con ella partieras. Esa mano que fuera mía
porque sabía el nombre de cada peca de mi cuerpo
y sabía en qué lugar, de entre la niebla femenina,
de entre la yerba alta y muy caliente,
le esperaba la dalia oscura del amor.

Ahora estoy sentada en el pasillo, con la boca pintada,
por donde siempre llega el barco
con su crujir de velas y de jarcias,
con las notas de una canción espesa;
una canción que flota como gota de miel
y se aleja del barco; canción que retrocede
y viene junto a mí para que yo la acune
entre mis brazos, para que yo la cante.

Si yo tuviera una canción de amor
que atravesara el tiempo; si mi canción pudiera
detener tu navío y al oírla
despertaras y como el navegante Ulises
saltaras por la borda para venir en busca
de mi talle, el que fuera tu playa.

Mas la canción no surge porque mi boca ya perdió
su luz y su amaranto. Mi canción no se canta
y tu nave se pierde en el bostezo negro de la noche.

YO CREO EN LA RESURRECCIÓN del alma,
también la de tus ojos, la de tu boca y mucho
más la de tus pies, que hacia mí te traían.
Necesito recuperar aquel roce caliente
de tus manos, midiendo mi cintura. Quiero tener,
como lo tuve ayer, el eco de tu corazón
dentro del mío. Yo creo en la resurrección
del cuerpo, sobre todo del tuyo,
cuando fosforecía por la cama,
como el relámpago que en plena noche
atraviesa los campos de maizales.

Qué sería de mí si nunca más tuviera
esa gota de agua bajando por tu espalda;
gota tibia corriendo entre los arriates de tu vientre;
gota tan niña que no sabe cuándo
ha de tornarse en río. Qué sería de mí
si nunca más tuviera la leve gota de agua
del lavatorio de tu cuerpo.

Yo creo en la resurrección del hombre
que sufrió sin llorar los últimos momentos de su vida.
Con ellos caminaba a través de la bruma de la alcoba,
atravesaba noches de verano, calladamente,
sabiendo que partía hacia ese Puerto
que nadie sabe dónde está, ni qué lluvias lo habitan.

Yo creo en tu resurrección, por ello iré a buscarte
al norte, donde danza la aurora. O bajaré hasta el sur
bañado de marismas.

O tal vez deba ir al centro, donde naciste tú.

Al centro donde estaba aquella calle larga,
tendida bajo enero; calle que se iba haciendo
amiga nuestra conforme caminábamos.

Iré hasta el centro de esa calle
para encontrarte silencioso y tibio
como la luz del alba en el acebo.

CÓMO VOY A DORMIR en esta cama
más grande que el Mediterráneo,
si en la almohada resuena el aleteo de tu sueño.
Me incorporo y busco entre las sábanas
el movimiento acompasado del golpe de aire tibio
que me roza, me acaricia, me inquieta en su revuelo,
como si aún durmiéramos el uno junto al otro.

Puede que nada sea lo que parece ser.
Incluso el agua matinal en la que yo me lavo
tal vez no sea agua, sino tu cara;
tu cara en la que me sumerjo cada día,
me adentro por tus labios,
caigo en el pozo de tu boca
donde me espera el barbo de tu voz,
aleteando y dulce.
No sé si alguna vez nos conocimos.
Tal vez nunca existió la cama grande
como el Mediterráneo por la que hoy camino,
subo y bajo, huyendo de la luna
me oculto en la arboleda
que está creciendo
en ese lado en el que tú dormías.

Incluso puede que yo no sea la mujer
que allí te espera cada noche,
mientras pasan los vientos de levante
con sus galgos morenos,
pasa el mistral y sus centauros; vientos
y vientos que de noche me cubren con su arena,
me cubren como a torre entre las dunas,
dejándome tan solo el campanario de los ojos
desde donde te sigo viendo.

Lo malo no es soñar, y tú lo sabes;
lo malo es si el pensamiento
iza el ancla de sus profundidades
y en la cama te pone a navegar viejos pecios,
aquellos del amor y de la vida que entre los dos
habíamos hundido en playas muy lejanas.